

### **III. JOHN WAYNE QUE ESTÁS EN LOS CIELOS**

*“En las últimas décadas el rol de los hombres ha cambiado en nuestra sociedad y tengo la sensación de que los últimos en enterarnos hemos sido nosotros. Me seducía escribir sin compasión sobre nosotros, los hombres, y esta es la razón principal de **Una pistola en cada mano**: reflejar y contar este nuevo lugar en el que nos encontramos: perdidos, confundidos y en busca de una nueva identidad. Y como suele suceder, eso siempre conlleva maravillosas situaciones para la comedia”. Así explica el director Cesc Gay el porqué de su última película, **Una pistola en cada mano**, una de las pocas españolas recientes, en concreto de 2012, que habla de lo que significa ser hombre en el momento presente. “En la película se tocan varios temas pero de alguna manera todos tienen que ver con el replanteamiento de la masculinidad. Yo ya he tenido una vida distinta a la que ha tenido mi padre. Nos hemos feminizado, hemos entrado en el mundo de las emociones, nos han obligado a jugar a eso... que está muy bien. Pero por otro lado tampoco se ha hecho de forma muy natural. Los hombres no sabemos llorar, por ejemplo. Las mujeres lloran muy bien. Lloran naturales. Es bonito. En general, nosotros jugamos a otra cosa. Vamos al cine, nos emociona una escena, y el 90% de los hombres nos reprimimos. Pongo ese ejemplo porque mi idea es ir ahí, a tocar esa fibra patética como la del personaje de Javier Cámara. Que es profundamente patética y a la vez es muy tierna viéndole a él luchando contra ese momento en el que no parece querer sincerarse de verdad consigo mismo, y disimula y hace como que todo está bien. Es esa ironía del modelo masculino la que se cuestiona. Y que se tambalea.”<sup>1</sup>*

En la película, en la que se van sucediendo varios episodios en los que descubrimos a varios hombres en crisis, estos no tienen nombre, a diferencia de las mujeres que sí lo tienen. Cesc Gay explica el porqué: “Y los personajes masculinos no tienen nombres que definan su personalidad. Al no tener nombre son como los niños antes de nacer. Y eso es lo que traté de transmitir a todos los actores que se apuntaron al

---

<sup>1</sup> Las declaraciones de Cesc Gay proceden de la entrevista que se incluye en la página web de la película: <http://www.unapistolaencadamano.com/es/entrevista-a-cesc-gay/> (consultada, 27/06/14).

## LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

*proyecto. Les pedí que confiaran en mí porque les tenía que llevar a un lugar un poco uniforme. Los personajes masculinos de **Una pistola en cada mano** siguen un cierto patrón. Un patrón de hombre.”* Un patrón que trata de ajustarse, en ocasiones con consecuencias nefastas, a la “normativa hegemónica de género”, la cual, “interiorizada como mandato de ser y de deber ser... se presenta como incumplible (siempre se puede hacer algo más para ser <<todo>> un hombre) pero a la vez, su incumplimiento/transgresión provoca angustias a veces insoportables derivadas del tipo de crítica superyoica que la normativa hegemónica de género, y de los vacíos tremendos de sostén identificadorio alternativos (qué hombre es inmune a la inquietud que provoca la pregunta ¿tú eres un hombre, o qué?)” (Bonino, 2000: 50).

Ese patrón se sucede a través de varios momentos y diálogos en los que nos encontramos con hombres en crisis, desorientados, desubicados, fracasados en muchos casos. Una sucesión de encuentros que empieza con el de los dos cuarentones que interpretan Leonardo Sbaraglia y Eduard Fernández, los cuales, de diferente manera, han fracasado en sus vidas. En ellos detectamos algunos de los que Bonino califica como “malestares masculinos” (Bonino, 2000: 52), tales como los derivados de la búsqueda imperativa de éxito y control, o los que derivan del sufrimiento de fracaso viril, como consecuencia “del no cumplimiento de algunos de los mandatos de la normativa hegemónica de género o de la pérdida de los valores masculinos que se suponía poseer (especialmente ante disfunciones sexuales o desempleo)”.

El personaje de Eduard se califica a sí mismo como un “desgraciado global” que se limita a sobrevivir a sus 46 años, después de haberse divorciado, haber vuelto a vivir con su madre y estar en el paro. El personaje de Sbaraglia es aparentemente un hombre de éxito – profesional, al menos – aunque íntimamente esté también herido. Acude a un psicólogo porque tiene “ansiedad, miedo, fobias diversas”. “*Nadie nos avisó que iba a ser así*”, se lamenta. Ambos parecen dos adolescentes reencontrados, necesitados de un abrazo y hasta de compartir lágrimas. “*Llora, llora tranquilo*”, le dice el personaje de Eduard al de Sbaraglia, a lo que éste contesta: “*Es la emoción de encontrarte*”. Cesc Gay explica que esta historia fue el germen de la película: “*es como la génesis del resto del guión. Luego todo ocupó su*

## LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

*lugar. (...) <<No nos contaron que la vida iba a ser así>>. Esta frase es el origen de la historia de Leonardo y Eduard y la dijo un día un amigo y me gustó mucho. Cuando la escuché pensé que era una forma instintiva de expresar el desconcierto. Llegas a un punto en que piensas: ¡no tenía que ser así! Y entonces sigues con lo que dice el personaje de Leonardo: “¡sí, no te avisan, no te dan ni un manual...!” Me pareció una forma muy gráfica de expresar como se siente alguien... Y de ahí nace la primera historia”.*

En la segunda de las historias, tal vez la más tierna y la que más lecturas nos ofrece desde una perspectiva de género, nos encontramos a un padre divorciado que es incapaz de asumir su nuevo lugar y que lleva mal que su mujer haya rehecho su vida. Esta es una mujer autónoma, independiente, con capacidad y fortaleza para cerrar un capítulo de su vida y empezar el siguiente. Ella es mucho más fuerte que él. El es un hombre a la deriva, que sigue soñando con que hace el amor con su exmujer, que añora la vida en común, que desea dar marcha atrás, que vive en un piso que considera una mierda y que parece incapaz de asumir sus errores. Como bien explica Laura Mora (2014), *“Una pistola en cada mano* muestra magistralmente la asimetría existente entre hombres y mujeres en este camino de saber qué hombres y qué mujeres somos sin sometimientos, sin sometimientos ni entre sexos ni de un sexo consigo mismo, como las mujeres conocemos bien. En este sentido, es una escena colosal aquella en la que el personaje, que interpreta Javier Cámara, intenta volver con su excompañera, interpretada divinamente por Clara Segura, y ella con cariño e ironía le muestra que ese tren ya pasó”. Al final de este episodio, el personaje de Javier Cámara carga con “los restos del naufragio”, una caja de cartón con algunas de sus pertenencias que se le cae en plena calle y quedan esparcidas por el suelo. Como si fueran las piezas del puzzle desordenado que en ese momento es su propia identidad.

Esa misma desorientación es la que siente el hombre que interpreta Ricardo Darín, que ha seguido a su esposa porque supone que le está siendo infiel, y que se encuentra en un parque precisamente con su amante (Luis Tosar). En el magistral diálogo que mantienen estos dos hombres también sin nombre, y cuyas vidas coinciden en torno a una mujer que sí tiene nombre, Laura, nos volvemos a encontrar con las inseguridades masculinas. Con el hombre marcado por su papel

## LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

de conquistador, que no sabe gestionar bien las relaciones de igual a igual con las mujeres, que no logra entender que su mujer prefiera a otro. El personaje de Darín se empeña en seguir el patrón - *“Tengo que intentar reconquistarla”*-, mientras que el amante de su mujer le da algunas claves del fracaso: *“Dice que no la valoras, sobre todo su trabajo... Siente que le tienes envidia de lo bien que le ha ido en su profesión. Le apena que le sientas envidia en vez de sentirte orgulloso de ella”*. El difícil reequilibrio de hombres y mujeres en condiciones de igualdad. *“A los tíos no nos gusta perder”*, dice el personaje de Luis Tosar. Los problemas que seguimos teniendo nosotros para redituarnos en un mundo donde ellas tienen las mismas oportunidades que nosotros. Dos hombres que, de entrada, podríamos pensar que acabarían enfrentándose, incluso alguno podría pensar que de manera violenta, y que sin embargo aquí terminan abrazados. Frente al duelo para restaurar el honor que hemos leído en tantas novelas y visto en tantas películas, aquí vemos a dos hombres frágiles que se reconfortan y que comparten de alguna manera su vulnerabilidad. Dos hombres que no tienen nada que ver con John Wayne, el cual sale a relucir en la conversación como el referente sólido de una masculinidad que ya no existe. El icono que era alto, fuerte, “como un árbol”, enorme. Al que el personaje de Darín parece añorar y ver lejos, muy lejos, de su identidad maltrecha.

Y es que durante siglos, y todavía hoy, los hombres han sido o han querido ser como John Wayne. Y han parecido llevar “una pistola en cada mano”, como le reprocha el personaje de Candela Peña al de Eduardo Noriega en uno de los episodios más contundentes de la película. En él es la mujer, de nuevo la mujer autónoma y libre, la que ha alcanzado un estatuto que históricamente no había tenido, la que le da vuelta al juego “patriarcal” con el que el personaje de Noriega intenta seducirla. El cortejo y el galanteo del machito que siente superior frente a la hembra, subordinada ésta y objeto frente al que deviene sujeto. El hombre casado, con un hijo, que busca una aventura y que vive en una mentira, autoengañándose y engañando a los demás. Gracias a la sabiduría del personaje de Candela Peña, el de Noriega acaba convertido en una parodia, que incluso lo es de los muchos papeles que dicho actor ha hecho en el cine. Ella le anima a separarse. En la contestación de él encontramos la clave del personaje y, a su vez, de tantos hombres: “hay que ser valiente para eso”.

## LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

“¿Vosotros cuándo quedáis exactamente de qué habláis?”, le pregunta en una de las últimas historias del personaje de Leonor Watling al de Alberto San Juan. “De cosas importantes, no como vosotras”, le contesta él. “Nosotras solo hablamos de nuestras parejas”, replica ella. En este diálogo encontramos perfectamente resumidos los patrones de género, del binario masculino/femenino, de cómo se siguen construyendo unos referentes que, sin embargo, hoy día empiezan a hacer aguas. En las dos conversaciones que mantienen dos parejas cruzadas, la que mantienen en un coche los dos actores citados y la que en paralelo vemos que tienen sus parejas interpretadas por Jordi Mollá y Cayetana Guillén Cuervo, podemos rescatar todos los mitos, la presión que nos obliga a comportarnos de una determinada manera con nosotros mismos y con los demás. Late de fondo la relación con frecuencia violenta con las mujeres (*“Un día me empujó y me di contra una puerta”, “Te acostumbras... esperas la siguiente bronca”, “Todos somos una cosa y parecemos otra”*), la disfunción sexual del personaje de San Juan como prototipo de la masculinidad herida y la reacción de él como ejemplo de lo mal que los hombres nos llevamos con nuestras debilidades, la dificultad que tenemos para comunicarnos entre nosotros. El personaje de Mollá le pregunta al de Cayetana por qué su amigo no le ha dicho nada del problema que tiene. La respuesta es rotunda: “Porque le da vergüenza y porque sois idiotas”. Los hombres como seres mudos, con miedos a compartir nuestra fragilidad. El Viagra como milagro para recuperar la virilidad perdida que finalmente no funciona. El miedo al ridículo y los espacios que no nos atrevemos a pisar. Unos espacios que empiezan poco a poco a ser ocupados por hombres con una mirada distinta. Como las clases de danza africana a las que acude el personaje de Cayetana: también van algunos hombres “más jóvenes e inteligentes que vosotros”. Y una lección final: “Tomaos las cosas en serio y dejad de hacer el ridículo”.

Los hombres que no han dejado de ser niños, que coinciden en la fiesta del final, en la cocina, un espacio reservado tradicionalmente a las mujeres. Allí los encontramos desubicados, fracasados. “Pues sí que estamos buenos”, dice el personaje de Alberto San Juan. Así acaba una magnífica película que, como apunta Laura Mora (2014), “toca el núcleo de la política de nuestro tiempo, que va más allá de la crisis económica, porque se funda en la crisis del sistema patriarcal, que es el

## LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

padre del sistema económico capitalista. Ésta es una película del final del patriarcado en la que por fin los hombres, que ya no quieren someter a las mujeres ni someterse a sí mismos y desean habitar el amor, toman la palabra.”

Los protagonistas de *Una pistola en cada mano* constituyen un muestrario de los males que en los hombres está provocando en la actualidad la pervivencia de una subjetividad hegemónica basada en la auto-exigencia, en la necesidad de ajustarse a una normativa hegemónica de género, a volcarse en el éxito público y a dejar en un segundo plano lo emocional. Lo explica bien Luis Bonino (1998:9): “el sentimiento obsesivo que todo tiene que estar programado, las inhabilidades para ver procesos, disfrutar relaciones o eventos no dirigidos a tareas concretas, la negación a admitir que las emociones interfieren en lo que se está haciendo, el pánico a perder el control, la coraza muscular y la gestualidad de sonrisa impasible y pose envarada”. Porque hasta en la pose se marca la masculinidad: “la mirada a los ojos, de frente y directa, juega un papel relevante. De pie (o sentado) pero con las piernas abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza alta y un aire autosuficiente. El cuerpo masculino es hierático, poco expresivo y algo rígido. Por eso se insiste en que los hombres de verdad nunca bailan. La masculinidad prescribe parquedad en los ademanes. La gesticulación de brazos y manos (cuando la hay) debe ser sobria y ejecutarse en movimientos cortos que dibujen más ángulos que curvas” (Guasch, 2006: 34). El traje oscuro y la corbata completan el uniforme, la máscara del macho dominante y del señor de lo público. El impecable, sonriente y triunfador que hemos visto tantas veces en el cine. Richard Gere, George Clooney, Michael Douglas. Don Draper, el personaje central de la serie *Mad Men*, como arquetipo. El tipo duro que sin embargo hoy empieza a encontrar dificultades para esconder bajo una máscara sus debilidades.

### BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL CAPÍTULO:

Bonino, Luis (1998). *Micromachismos, la violencia invisible*. Madrid, Cecom; (2000) “Varones, género y salud mental: reconstruyendo la <<normalidad>> masculina”, en Segarra, M. y Carabí, M. (eds.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria, pp. 41-64

## **LA IGUALDAD EN RODAJE: MASCULINIDADES, GÉNERO Y CINE**

**Octavio Salazar Benítez, Tirant lo Blanch, Valencia, 2015**

Guasch, Óscar (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones desde la perspectiva de género*, Barcelona, Bellaterra.

Mora, Laura (2014). “UNA PISTOLA EN CADA MANO, de Cesc Gay: una película del final del patriarcado”, (texto inédito facilitado por la autora).